

Lib. 14-2 n° 1106
Biblioteca de "La Reforma Literaria,,

Tomo I

WLANDINA LETZINSKA

Poema en prosa, original de

DON MANUEL LORENZO D'AYOT

*Director de dicha REVISTA mensual,
de varias Academias y Ordenes extranjeras.*

DOS REALES

MADRID

CELESTINO APAOLAZA, IMPRESOR, SAN JUAN, 14

1892

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Dramáticas

- El Poder de una Pasión*, drama en 3 actos y en prosa (Agotado).
La Condesa Leonor, idem.
Dos Venganzas, tragedia en un acto y en prosa.
La Bella Desconocida, monólogo dramático.
Dánoscar, tragedia gala en 4 actos y en en prosa. (Agotada).

Literarias

- Dentro de la fosa*, poema en prosa.
Pilar, idem, 2.^a edición. (Agotada).
Magnolia, idem.
Nieves, idem.
El Fèretro Blanco, idem.
La Duquesa de Thágora, idem.
Thállvor, (1.^a edición hecha en Portugal).
El Beso, leyenda ostromogada.
Trompillo, poema en prosa.
Dobrasko, idem.
La Marmota, idem.
El Beso de Nieve y el Beso de Fuego, idem.
La Cita, idem.
La Convicción, idem.
El Amante de la Luna, idem.
Otelo y Desdèmona, novelita.
Pablo y Virginia, idem.
El Poema del Alma, idem.
El Pasig, poema en prosa.
La Visión del Rey Rodrigo, idem.
Los Amantes, idem.
El Hijo del Crimen, idem.
La Calumnia, idem.
Samuel Belibeth, leyenda bíblica.
Whora Dállskings, poema en prosa.
La Hija del Trágico, novela.
Grisina, idem.
Barda Rotzansky
La Vuelta de las Rosas.
La Catalepsia.
El Banquete de Bodas.
Gardelia.

Poemas en prosa.

PUBLÍCASE ESTE POEMA
para solemnizar el
SEGUNDO ANIVERSARIO
DE
"La Reforma Literaria,"

FUNDADA EN BARCELONA POR
DON MANUEL LORENZO D' AYOT
EL DÍA 15 DE SEPTIEMBRE DE 1890.



Nosotros somos nosotros y en nosotros esta la verdad

HTCA
U/Bc LEG 14-2 nº1106



1>0 0 0 0 5 6 5 3 0 9

UVA. BHSC. LEG 14-2 nº1106

WLANDINA LETZINSKA

I

Lo inerte y lo animado.

Un alma enamorada de un imposible y un imposible elevado á divinidad.

Una muerte y una vida enlazadas por una pasión.

Hé ahí el objeto de mi canto.

Tienen las almas amores divinos que hace imposible la materia: tienen las almas pasiones ultra-humanas á las que estorba el cuerpo; hay en el sentir de un corazón algo superior á la ola de sangre que lo anima... Por eso, esos delirios que jamás podrá explicar labio humano constituyen la magna filosofía del amor de los amores.

Y ante esa epopeya sublime en que el espíritu se reconcentra en abstracciones celestiales, la mente es no más que la guía que nos enseña el camino de flores que conduce á la apoteosis.

¡Amor de los amores!... sacra eucaristía, forma teológica del sentimiento en que el alma condensa la pureza inmaculada de los misterios de sus más recónditas adoraciones, tu eres en el mundo la síntesis de una filosofía grande como la primera palpitación sideral, divina como el primer nimbo de gloria que dió á lo humano la primera corona del martirio.

En la adoración de la muerte está la potencia mayor del alma porque en ese culto perdurable está la fe eterna de nuestro martirio.

Adorar lo que mata nuestro amor es consagrar á nuestra miseria la custodia más inviolable, de esas nuestras íntimas y purísimas pasiones que acaso ni en el empíreo mismo tendrían tanta majestad.

.....
.....

Una luz de intenso brillar; un resplandor de lámpara jamás apagada lucía siempre de aquella siniestra torre en la altura soberana: luz rival de las estrellas porque nunca su luminaria se extinguía, de la noche entre el capuz; destello de mágico conjuro junto á cuya claridad rojiza parecían acudir flotando en fantásticos aquelarres cuantos espíritus llevaba el viento en sus ondas y el misterio en sus entrañas.

De aquella mansión sombría, era D. Hugo de Nebreda dueño y señor.

De sus huestes y sus mesnadas en día alguno brillaron las armas, porque aquel castillo solo tenía por defensa lo inaccesible de su altura y lo tenebroso de las mágias que con sus encantos lo envolvían.

Nunca se oyó en su recinto, ni del clarín el son agudo, ni del atabal el parche ronco; allí no luchaba un señor de horca y cuchilla, allí combatían en eterno duelo un alma y un cuerpo no conformes en momento alguno con la unión que les había impuesto el destino.

Y en tan ruda como cruenta batalla, aquel conjunto de espíritu y materia que de D. Hugo de Nebreda hacía la personificación de un enigma, ni el triunfo ni la derrota se determinaban porque en abismos sin fin y sin nombre perdíase siempre del gran señor la hermosa esperanza.

En largas vigiliass consumido, eran sus ojos chispas de negrura infinita incrustadas en cuencas amoratadas; era su faz de lívido color y agudos perfiles que negra barba adornaban con lacios mechones tan negros como sus pupilas y tan enmarañados como sus dudas... Alta era su estatura, larga su nunca rizada melena, satánico su aspecto; enlutada su dalmática, negro su ámplio tabardo, del mismo color sus borceguíes de estrecha punta, y el birrete que cubría su cabeza y la pluma que ondulaba sobre su espalda.

—¿Qué es lo que en mí tengo?—murmuraba con profunda sonrisa, y en esa meditación sin fin quedaba sumergido las largas noches no hallando al cabo á su pregunta más respuesta que la impotencia de su espíritu ante la valla de la nada.

En su estancia señorial todo era rojo, contrastando con lo negro de su figura.

Rojos los tapices que cubrían las paredes, roja la alfombra de velludas lanas, rojo el tapete de la mesa y el forro de los cojines del sitial y de la arabesca alcatifa, D. Hugo de Nebreda en aquella estancia singular era viva imagen de Luzbel ennegrecido por el rayo de Dios y sepultado en lo profundo de un antro infernal: en el seno del mundo volcánico para ser en la terrestre esfera perdurable deidad de la materia y terrible antagonista del alma.

Cuando el cansancio vencía á D. Hugo en semejantes luchas, el tenebroso caballero sacudía su diabólica cabeza y levantándose del sitial exclamaba con ronco acento:

—¡Lo encontraré!... no es justo caer vencido... lo que mi alma anhela lo columbran mis ojos de la noche entre la sombra espesa; para llegar es necesario vivir... vivir, sí... aunque esta vida sea constante pugna, como la mía...

Y apenas salidas de su boca tales frases como ecos de ignotos mundos, D. Hugo de Nebreda fijaba su vidriosa mirada en la luz, y en su mente se alzaba el pensamiento de que las almas por negras que sean tienen también su luz en momentos determinados; olímpico rayo de inmortal luminaria que es la estela más radiante del sentimiento.

III

Tras largas noches de terrible insomnio, fué una mañana enjaezado, de D. Hugo de Nebreda el fogoso bridón.

Piafaba el bruto en el patio señorial, sostenido por dos arqueros, que apenas podían contener del valiente animal los ímpetus salvajes... Blanco era el corcel como legendaria bestia de los cantos nibelungos, y su brío y su sangre de lo más puro de la Arabia: tascaba impaciente el freno; sus ojos incandescentes como tizones y teñíanse sus morros de ardorosos espumarajos.

Apenas de la mañana el albor primero alumbró de los montes las cumbres nevadas y de las torres las recias almenas, sobre la escalinata que bajaba al patio apareció de Nebreda la tétrica figura en cuyo conjunto negro no brillaban más matices que el acero de los largos acicates pues los pomos de espada y daga eran de bronce tan negro como debía ser del extraño caballero el alma empedernida.

Agitó el viento matinal la pluma del birrete que flotó sacudida un instante como penacho de lúgubre llorón: puso D. Hugo el pie en el estribo y montando de un salto salió lentamente sin murmurar ni una frase, cual se sale de nuestra alma el último dolor sin ser seguido de lágrima ni suspiro alguno.

La alborada era indecisa y tranquila como primera ilusión virginal: la nieve cubría el suelo, el viento hacía crugir las ramas de la esquelética arboleda con sonidos semejantes á lamentos y aún en lejana lontananza quedaban de la noche residuos que huían entre nieblas y fulgores: ¡mañana apacible de invierno!

D. Hugo todo negro sobre su caballo todo blanco, simulaba en su errático vagar una de esas dudas tenebrosas que tomando á nuestro espíritu por corcel de su capricho pasea por los inviernos de nuestros dolores, todos los tormentos de su excepticismo.

Y cuando ya cansado el espíritu, rompe los frenos de su pensar y cual el caballo de Mazzepa corre campo á traviesa de la desesperación, sin lágrimas que beber ni fibras que estrujar, la tumba es el último obstáculo que salta para caer deshecho en esa nada execrable de la que eternamente brotan

las ponzoñas del sufrir en apretados manojos de cicutas.

¿A donde iba D. Hugo?

Ni el mismo lo sabía.

¿Sabe acaso el alma á donde va cuando el dolor la espolea?

Pensando en el constante ¿qué tengo en mí? principio y fin de sus cavilaciones, D. Hugo anduvo al azar muchas horas hasta que al pasar junto á un riachuelo medio helado por la frialdad de la noche, vió á una doncella que apenas contaría diez y siete años entretenida en lavar un poco de pobre ropa mientras alegre y risueña como gala primaveral cantaba descuidada y agena de que nadie la observase.

Instintivamente, sin darse cuenta de ello el de Nebreda detuvo á algunos pasos el caballo, cuyas pisadas no fueron oídas por la doncella merced á la nieve que embotaba los cascos del bridón.

D. Hugo miró á la jovencita.

Era hermosa como una creación dantesca.

Su rostro oval contenía unos ojos claros sobre los que se arqueaban dos cejas prodigiosas en su dulcísima curvatura; una nariz finísima como obra de hadas; una boca pequeña al par que severa, de dientes menudos y brillantes como perlitas engastadas en coral rosa, coronando tan bello conjunto una espesa mata de cabellos castaños que bajaban en pico delicioso sobre una frente escultural.

Cabeza de ondina, cabeza de sirena.

Púsose en pie la muchacha; su seno apenas abultado dibujaba espléndidos principios de regias morbideces; su figura era seductora y su cintura flexible como tallo de blanco lirio se aprisionaba en un corpiño rosado de abullonadas mangas... El cutis de la gentil lavandera era finísimo y nacarado como la misma madreperla. Recogíanse sus cabellos en delicada madeja y algunas florecillas coronaban su cabeza digna de Hebe ó de Beatriz.

Su falda estrecha y ligeramente plegada mostraba dos pies brevísimos, y hubiera envidiado su mano la diosa más divina de la hermosura.

Era un capullo de la vida; un botón de la floresta humana que prometía convertirse en la flor más soberana de los vergeles del universo.

Vió á Nebreda á caballo, á algunos pasos de ella, y sin inmutarse dijo recogiendo las mojadas prendas:

—Señor...

—¿Como te llamas?—fué lo único que pudo decir D. Hugo.

—Wlandina Letzinska.

—No eres española.

—No señor... pertenezco á una tribu de polacos que vagan por Europa, pobre y expatriada.

Nada respondió D. Hugo, y sin fijarse en la celestial criatura, picó espuelas y se alejó más deprisa que había llegado.

Wlandina quedó absorta.

Vió perderse al caballero allá á lo lejos, y cuando no lo dis-

tinguió más, con el cestillo de ropas al brazo echó á andar á lo largo de las márgenes del riachuelo cuyas ondas movedizas reflejaban y deshacían en anillas y cabrilleos la dulce imagen de la hermosa Wlandina Letzinska.

IV

La doncella llegó á su casa, choza miserable construída entre peñas y zarzales.

Dejó el cestillo, tendió la ropa al sol poco caliente de aquella mañana y abriendo una alforja tirada en uno de los rincones sació su apetito con un pedazo de negro y ordinario pan que al ser cogido por aquellas manos de angel parecía perder su ordinariez y su negrura.

Sus padres habían salido.

Comido el mendrugo, Wlandina salió á la puerta de la cabaña en el momento en que varios hombres y mujeres pasaban conduciendo en blanca camilla cubierta de hojas y de flores el cuerpo de un niño de corta edad.

Cantaban las mujeres y rezaban los hombres formando con cánticos y oraciones un conjunto tristísimo de elegiacas armonías.

Wlandina cogió llorando las florecillas de su tocado y como pobre ofrenda de su alma contristada las depositó sobre el pequeño cadáver.

Pasó el entierro, la niña quedó inmóvil mirándolo alejarse cuando una vieja de aspecto de bruja llegó hasta ella y la dijo:

—Buenos días Wlandina.

—¡Madre Sigruna!

—¿Y tus padres?

—Han salido.

—Has visto...—dijo la vieja señalando el entierro ya lejano.

—Sí...

—Creer ó no creer,—murmuró la vieja,—podrá ser una gran cuestión...

—¿Qué decís?

—Yo no creo en nada...—continuó la vieja sin atender á Wlandina.

—Explicaos.

—No te alarmes hija Wlandina... ¿has besado tu alguna vez á algún muerto?

—¡Oh!... ¡nunca!

La vieja se sentó en el poyo de la puerta, y dijo un tanto emocionada.

—Una tarde en que el sol se ponía más triste que nunca, yo dí un beso á un niño muerto cuando apenas sobre él habían pasado algunos meses como fugaces etapas de hermosura... ¡Ah que frío en aquellos labios pequeños como rubís!... Un beso á un muerto, ¿es ó no un geroglífico en un sonido?

No lo sé.

Las flores cubrían aquel cuerpecito helado tendido en mesa de blanco mantel... ¿Era acaso un manjar ofrecido á los

dioses?... ¡No!... la muerte servía á la tumba un bocado más digno de su voracidad insaciable.

¡Banquetes de la materia, festines de la corrupción, os traga un ataúd y os digiere una eternidad!... ¡Besarlo!... ¿Qué voz del corazón impulsó los labios míos hasta aquellos contraídos por la muerte, los labios míos que jamás besaron muerto alguno, y que por no besar, no tuvieron ósculos ni para mi madre exámine ni para la boca de ese ser intangible que allí y allá, en la sombra y en la luz, en el estruendo y en el silencio, en la entraña y en el corazón me busca siempre y me persigue siempre?

Aquel beso dejó en mis labios un frío tan intenso que, al plegarlos para salir de la estancia, dije bajando el tosco escalón:—Lo he besado no se por qué... en ese frío á mis labios adherido se condensa el hielo de los muertos que no besé... Con un beso á un angel, he besado todo un panteón de mis dolores.

Hay besos que son síntesis y aquel fué uno de ellos.

Por eso alguna vez se besa á los muertos.

Por eso los muertos tienen un beso que vale por todos....

Calló la vieja.

—¡Me habéis horrorizado!—murmuró Wlandina estreme-cida.

Apenas sus lábios habían lanzado tal exclamación, cuando los que volvían del entierro, cantaban en son funeral:

—Alma de ese angelito cuyo cuerpo helado yace junto á mi, deten tu vuelo de mariposa y á la que allá me quiere le dices tu: He visto su llanto, he visto su alma... Y si es verdad que en luz flotando la encuentras tu, dile también que su recuerdo no muere en mí.

.....

La vieja se marchó.

Cuando Wlandina se vió sola dijo refugiándose atemorizada en el fondo de la cabaña.

—¿Porqué tantas canciones de muerte en un día tan hermoso?

V

Pensativo como nunca tornó á su castillo D. Hugo de Nebreda.

Aquella noche la lámpara no alumbró sus tétricas vigili-as y ardió sola como flama fúnebre consagrada á algún fantasma.

El triste señor tendióse en su lecho y allí quedó aletargado hasta el declinar de la siguiente tarde.

Cuando se levantó hizo llamar al escudero de su confianza más íntima y le dijo:

—¿Sabes que por mis dominios vaga una tribu de polacos expatriados?

—Lo sé, señor.

—Pues bien, entre ellos hay una doncella llamada Wlandina Letzinska que es necesario sea, sola, conducida al punto á aqueste castillo.

Inclinose el escudero y salió.

Don Hugo quedó perplejo... sus labios murmuraban:

— ¿Será en ella donde exista lo que en mí no encuentro jamás?

Placer del alma ó placer del cuerpo.

En este dilema fluctuaba su pensamiento.

Placeres del alma no los había tenido Don Hugo jamás, y placeres del cuerpo nunca los halló verdaderos, porque los placeres como las joyas, han de tener necesariamente su ley de cariño y oro como llevan la verdad en sí, la luz en sus viajes eternos, los mundos en su compás rotativo y las ideas en sus ascensiones infinitas.

¡Alma y cuerpo sin placeres ... ¿que otra amalgama de amarguras pudo soñarse en lo creado?

¡Alma y cuerpo sin placeres, y con una vida que constituye el lazo de su himeneo!

¡Ah... esa vida es á veces no más que una agonía de refinada crueldad.

Por eso todas las fibras de nuestro corazón, se retuercen destilando sangre y todos los lamentos de nuestra alma son modulaciones del arpa eólica de nuestros dolores pulsada por la desesperación con mano de bronce.

Canta un himno la fiebre de tédio que me consume, en cuyas estrofas de libre rima van mezcladas lágrimas con suspiros en kaledoscópica cantata del dolor en su más suprema sublimidad.

Cuando la materia tiene palpitaciones de lujuria sin freno, el alma le antepone imágenes de luz deslumbradora pero á tanta distancia las coloca que son muy anchos los mares de la angustia á los que el deseo se lanza ciego como ébrio Leandro en inmenso Helesponto sombrío.

Y cuando ésta materia que nos modela en lo creado, siente laxitudes mortales, entónces esa alma romántica que la macera siempre, tórnase en espíritu grosero que la extremece con sacudidas de enervante electricidad.

Hacerse la guerra siempre.

He ahí el prurito de los dos componentes de la materia.

No querer nunca las dos á un tiempo, una sola cosa.

He ahí la causa de nuestro luchar sin fin.

Y si alguna vez tras pugna incesante la victoria puede ser posible, tiende la muerte su negro pendón y en el fondo de la tumba consúmanse las bodas horribles del cuerpo con su corrupción.

Y de ese ataque sin fin, de esa cohabitación incesante del gusano con la molécula, de la partícula con el transformismo, es el esqueleto el hijo único; la osamenta, que es la caricatura de la humanidad.

Los huesos son los guarismos con que el destino resuelve los problemas de nuestra vida

Por eso la pregunta de Don Hugo era sempiterna: por eso el enlutado señor quería convencerse de si su respuesta definiti-

va se hallaba en el alma ó en el cuerpo de la hermosísima Wlandina.

Cuando una pregunta semejante no halla respuesta ni en amores ni en delirios, la adoración del muerto cuerpo querido es la fórmula mejor de nuestro supremo consuelo; conformidad hermana de la ilusión que en el yerto é incorruptible cuerpo cifra todas las grandes majestades de su más santa pureza imaterial.

Las almas traen á la vida esencias de amores metafísicos.

De ahí que el primer amor en la tierra sea no más que una inscripción de fuego trazada sobre un palimpsesto de cenizas.

VI.

Tras de lucha ruda con Salek, padre de Wlandina, cuatro escuderos del de Nebreda raptaron á la doncella dejando al polaco agonizante en el suelo y á la madre amordazada sobre el monton de paja que la servía de lecho.

Marcharon con su presa veloces al castillo y tan pronto como Don Hugo supo que en su mansión se hallaba la celestial criatura, dirigióse á la estancia en que desmayada y desnuda habían encerrado á Wlandina Letzinska.

Traspuso Don Hugo el dintel y quedó perplejo.

Hermosa estatua de rico alabastro sobre régios tapices derribada; cuerpo exánime de la misma Hebe; ondina preparada para el amor de algún dios... tal aparecía Wlandina tendida sobre un divan que adornaban suntuosas telas de brocado y oro.

Su cabello suelto caía en desorden sobre amplio cojin; tendíanse sus torneadas piernas por entre revueltos cendales y uno de sus mórbidos brazos pendía al suelo lánguidamente mientras su leve respiración movía en dulce compás los dos puñados de nieve coloreados de rosa que formaban con admirable tersura sus dos pechos virginales, finos como la seda más sutil, tiernos como las frutas en sazón, redondos como globos de porcelana... incitantes y arrebatadores como nidos de besos sin fin.

¡Aquello era el amor en su forma más espléndida, la pasión en su vértigo más humano, el placer en sus pompas más soberanas, la belleza en sus hemistiquios más atractores!

Besándola se absorvería todo el néctar de su alma al par que en su goce supremo todas las epopeyas de los sentidos trocaríanse en la magna y única verdad de la materia, en esa verdad excelsa que constituyendo la única dicha humana sintetiza' tanto en el tálamo del desposorio como en el lecho de la mancebía, todo lo edénico de nuestros sueños más exaltados.

La desnudez de una mujer es siempre lo divino de nuestras filosofías carnales.

Para descansar de su obra, el mismo Dios recreó su vista en la desnudez de Eva.

Adan recibió la primera sensación estética á la vista de las morbideces de su compañera y su primera obra fué el primer

beso del universo seguido del primer placer de lo infinito.

La mujer paradisiaca se contempló á sí misma; encontróse llena de perfecciones y agitando sus miembros esculturales concibió al placer en su primera magestad, al placer sintetizado en el hombre que junto á sí veía, al amor que aquel sér simbolizaba cuando con fuerza y deleite sus formas se estremecieron bajo sus manos y comenzó á gemir llena de la voluptuosidad más suprema.

Y cuando los ojos de la primera mujer vieron al hombre arrodillado ante sus formas, acepto enagenada sus caricias ofreciéndole la boca como fuente de pasión y sintiendo el aguijonazo de la sensualidad más ardiente.

.....
Don Hugo contempló á Wlandina.

Jamás se hallaron tan cerca el abismo y la gloria.

Las negras pupilas de Nebreda se dilataron un punto: brilló en ellas un resplandor fugaz y murmuraron sus labios:

—En ellá está la respuesta á mi pregunta... ¿qué hay en mí?... el deseo de esa virginidad... pero como en ella no existiría el placer igual al mío, la dicha no será completa... En ese cuerpo de diosa no veo más que lo divinamente material de mi ilusión; ilusión que á la realidad del goce tornaría en desengaño, y hay que conservar las ilusiones porque su placer es infinito y lo infinito de esos goces intangibles es lo único bello y eterno de la vida... La adoración perdurable de mi sueño será mi solo consuelo... Hay estéticas del alma que solo en la muerte tienen su epopeya.

Y desenvainando su pequeño puñal, con mano segura y tranquila lo clavó hasta el pomo en el corazón de Wlandina que ni siquiera se estremeció á su mortal contacto.

Un chorro de sangre brotó caliente de la herida empapando tapices y cendales.

D. Hugo salió de la estancia, frío, inalterable: cerró la puerta, anduvo por salones y galerías, llegó á la torre y apagando de un soplo la lámpara de eterno luminar exclamó con amarga sonrisa:

—Volverás á encenderte ante Wlandina... tu fuiste hasta ahora la compañera de mis enigmas: desde mañana serás la antorcha de mi ventura.

Dijo, y cayendo en el sitio, sus ojos se cerraron y quedó sumido en profundo sueño.

VII

Salek, moribundo, levantóse del suelo y deshaciendo la mordaza de su esposa, dijo blandiendo el pedazo de espada que del combate con los escuderos le había quedado.

—Vamos en busca de Wlandina... aún me quedan fuerzas para verla por última vez... debe estar en el castillo... vamos.

La esposa dolorida solo tuvo lágrimas con que responder y se aferró al brazo ensangrentado de Salek.

Fatigada ella y débil él por la pérdida de sangre, llegaron á la vista del castillo alumbrado en su legendario conjunto por

la luz clarísima de la luna en una de sus plenitudes más esplendidas.

Del pecho de Salek se escapó un rugido: del corazón de la madre brotó un suspiro, rugido y suspiro que en unísono eco fué repetido de onda en onda de aire hasta perderse á lo lejos como dos notas viageras de lo infinito.

Ambos se detuvieron.

La magestad de aquel espectáculo los subyugaba muy á su pesar, muy á pesar del soplo de venganza que hasta allí los impelía en busca de su hija.

Ningún astro tiene como la luna este mágico poderío.

A su luz plateada y tibia, blanca y triste como la ilusión del desventurado, todos los instintos más fieros de la humanidad parecen adormecerse en consoladores y plácidos letargos.

Del mismo modo que la tumba y la estatua, las ruinas y los bosques toman conjuntos de grandezas sobrenaturales al incierto centelleo de la luz lunar, así el castillo de Nebreda aparecía allá en su altura como indescriptible palacio encantado en que todas las tradiciones y las sombras de la fantasía, todos los misterios y todas las nebulosidades del sueño y del espíritu, cuantas aglomeraciones de lo vago y lo tangible constituyen la humana superstición, acumulábanse en portentoso hacinamiento, mientras de aquí y de allá, del valle solitario y del bosque sombrío: del arroyuelo lejano y de las cienientas casitas agrupadas al pie de la montaña; del campo inmenso y de las florestas secas por los hielos parecía elevarse hasta la luna un himno sin estrofas ni voces, un himno soberano que la noche con su mutismo consagraba á su triste compañera.

¡Cuántas veces en himno tal, ha flotado nuestra alma henchida con los recuerdos de nuestros amores y las realidades de nuestros desengaños cual si quisiéramos llevarlos muy lejos de la tierra, al seno de la luna que nos inspira, que nos llena de melancolía, que parece invitarnos á que inhumemos en su entraña sepulcral todas las osamentas de nuestras ilusiones, todos los esqueletos de nuestras extintas venturas!

La luna, como las almas sin alegría, á modo del eterno dolor de lo infinito, no tiene resplandores olímpicos; su disco es semejante á un gran círculo fosforescente en que se han condensado todas las amarguras cósmicas; su media esfera es el espejo redondo en que se mira el dolor sideral, la pena de los orbes, recreándose en ahondar su tremendo perfil sobre la inmensa lámina nacarada en que todas las generaciones han visto reflejadas todas sus angustias, y así como las almas desesperadas no tienen nada que las torne á la felicidad, el omnipotente rayo solar ve humillado su poder en la espantosa frialdad del globo de la noche.

A la luna hay que cantarla con la esencia del sentimiento formulado en la prosa que manifiesta todas sus grandezas; en la prosa, lenguaje soberano de la verdad, cosmos de la expresión, infinito de la idea, eternidad de la palabra.

Por eso el blanco astro de luctuoso destello requiere que en prosa tal se hacinen todas nuestras ilusiones, se amalga-

men todos nuestros amores, se condensen todos nuestros suspiros y se amillaren todas nuestras lágrimas como montañas de perlas sin fin, como pirámides colosales de turbios brillantes desprendidos de las fúlgidas diademas de nuestras dichas, como regios carbunclos arrancados á los florones de las reales coronas de nuestra ambición, para que todo junto en aleaciones portentosas, todo mezclado en substancialidades de monstruo, todo confundido en informe atropello tenga solo para ella la llama inmensa, el rescoldo horrible del dolor que quema todo en gigantesca pira cual si ella fuese el tremendo holocausto exigido por la fúnebre luna como compensación á su eterno velar panteones, á su incesante proteger amores, á su nunca extinguida misión de resumir en sí todas las tristezas de la tierra.

¿Por qué la ciencia no inventa un medio de ir á la luna? ¿por qué no hay un camino que á ella conduzca?... ¡Ah!... si así fuera ¿qué mejor mundo podrían habitar los de corazón seco y alma dolorida? ¿qué mejor vida, puesto que allí no existe más que el descanso, imperturbable como el de la muerte sin que haya que temerse ni el huracán de los dolores humanos, ni la borrasca asoladora de la desesperación, ni los turbiones venenosos de las lágrimas ardientes como lava y amargas como cicuta?

¡Oh luna trístisima!

Cuantas veces te contemplo en las noches estivales transparente como esfera de cristal; cuantas veces te miro á través de las nieblas del invierno como antorcha de fantasma volador, siento que á mi alma le crecen alas para elevarse hasta tí, pero como está encerrada en el cuerpo miserable, no puedo menos de maldecir la impotencia mía murmurando con profundo desaliento:

—¿Por qué la ciencia no encuentra modo de llevar á tu seno en cuerpo y alma á cuantos ya del mundo y de la vida nos invade el tédio inmenso?

.....

Pasada la impresión que en ellos hiciera la vista del castillo, Salek y su esposa subieron la pedregosa rampa que á él conducía, llegaron hasta su puerta y el polaco golpeó con nervudo puño sus recias tablas.

¡Nada!... ¡ni un eco resonó en la sombría fortaleza!... diríase que Salek golpeaba inútilmente la tumba de un coloso.

—¡Hija de mi alma!—sollozó la madre infeliz. Nuevo golpe y nuevo silencio.

—¿No habrá ni un genio del mal en esta terrible mansión?—rugió Salek cansado de golpear.

Apenas pronunció estas frases, una voz dijo desde la muralla:

—¿Quién va?

—¡Abrid!

—¿Qué deseas?

—¡Matar al conde!

Una carcajada estentórea fué la respuesta, y una saeta hendiendo el aire clavóse en el cuerpo de Salek que dió un grito horrible cayendo al suelo abrazado á su esposa.

—¡Ay de mí!... ¡me han matado!...—murmuró Salek con suprema angustia,—muero acaso por culpa de mi hija que así lo habrá ordenado temerosa de que la arrancara de los brazos de su amor. ¡Sí!... ¡Wlandina amará á ese hombre!... ¡oh!

—¡Salek!... ¡Salek!...—gritaba desolada la esposa.

—¡Wlandina!... ¡maldita seas!...—y dichas estas palabras: Salek se incorporó mirando á lo lejos con distendidos ojos.

Una sombra blanca y sutil como la niebla se acercaba á ellos en ondas del viento.

—¡Mírala!...—dijo Salek,—¡es ella!... ¡ella!

La sombra llegó hasta los esposos y arrodillándose besó con labios impalpables la frente pálida de Salek que quedó inerte.

Estaba muerto.

La esposa quedó exámine sobre el cadáver, y la blanca sombra se evaporó como una espiral de misterioso incienso.

Era el alma de Wlandina, evocada por la injusta maldición paterna.

¡Cuántas veces en la vida es una pena el conjuro de un recuerdo grato!

.....
.....

VIII

Alboreaba, cuando D. Hugo de Nebreda abrió los ojos y sacudiendo su negra melena se levantó del sitio diciendo con apagado acento.

—¿Qué ha pasado aquí?... ¡jamás había disfrutado de sueño tan profundo y reparador!... ¡He resuelto mi enigma!... comienzo la epopeya más sublime de que tengan memoria los siglos.

Y cogiendo el tabardo salió de la estancia ciñéndose el birrete.

Entró en la cámara señorial del castillo seguido de algunos caballeros de rica dalmática, y sentándose en su trono condal les dijo:

—Caballeros, nobles infanzones de mis estados y feudos, vosotros que sois el sostén de mi prestigio y los defensores de mi estirpe, debéis saber antes que nadie lo que es mi voluntad firme é inquebrantable como el asta de mi lanza y la hoja de mi espada toledana.

Calló un momento el de Nebreda y los caballeros le miraron con asombro.

—Hoy mismo,—continuó D. Hugo,—cuando el sol asome su faz espléndida en lo alto de la sierra, saldréis todos de mi castillo, caballeros y pajes, escuderos, mesnaderos y pecheros, ricos-homes y gañanes, llevándose cuanto quieran y dejándome á mí solo, aquí. Tenedlo entendido de aquesta manera, transmitid mi voluntad á mis gentes y cuando hayáis salido

tapiad la puerta y la poterna, romped el puente y marchad á mi castillo de Horcajo que os cedo y regalo lo mismo que todos mis feudos y dominios. Id, y que se cumpla mi mandato bajo pena de muerte al que desobedezca,—dijo y se levantó, bajando luego del trono y saliendo de la cámara.

Quedaron perplejos los caballeros.

—¿Qué será?—dijo uno de ellos.

—¡Enigmas de esa alma negra!—contestó otro.

—Hágase lo que dice.

Y salieron del recinto pensativos y confusos.

Cundió la noticia en el castillo y todos aunque llenos de asombro, se dispusieron á cumplir el mandato temerosos acaso de ser víctimas de alguna brujería ó encantamiento.

Por eso ciñen sus espadas los escuderos, son sacados los bridones de las caballerizas, quiebran los arqueros sus balles-
tas gozosos de la improvisada holganza y embozánse en sus tabardos los caballeros, por eso se ven confundidos enseres y equipajes, arrojan sus armas las mesnadas y sonríen de júbilo los pecheros; por eso los ricos-homes guardan en férreas arcas sus caudales, los gañanes bailan de gusto y los esclavos entonan cantos de libertad; por eso todos van de aquí allá en confusos tropes y un estruendo formidable resuena en todas partes; por eso dánse abrazos de despedida sin acordarse nadie del déspota, tornado en socialista improvisado.

El sol está á punto de salir.

Todos miran á la nevada sierra ansiando columbrar los primeros su inmenso disco.

No hay ni uno de ellos que deje de desear ser el comunicante de la aparición del ígneo globo. Por fin se doran las nieves de la alta cumbre, se matiza el valle y relucen como bronce las negruras verdinecas de torreones y murallas.

¡El sol ha salido!

Un ¡hurra! colosal saluda su vuelta al mundo, y caballeros y pajes, ricos-homes é infanzones, escuderos y mesnaderos, gañanes y pecheros, esclavos y arqueros salen del castillo en larga y abigarrada procesión. cabalgando unos y andando otros.

Cuando el último ha salido, tapíanse las puertas á porfía y cae al foso el vetusto puente hecho pedazos.

En lo alto de la torre del homenaje, D. Hugo los ve salir, inmóvil con los brazos cruzados y con amarga sonrisa.

¡Nadie vuelve la cara para verle!

Cuando la masa humana perdiése en el lejano horizonte, el de Nebreda desdobló un pendón negro y enarbolándolo en la almena más alta, volvióse al interior murmurando:

—¡Ya estoy solo!...

IX

El cuerpo de Wlandina yacía sobre el ancho diván donde muriera, hermoso y blanco como estatua caída de algún olímpico santuario. Más que muerta parecía dormida dulcemente en edénico sueño.

Trocadas sus negras vestiduras por otras de vistosos colo-

res, ricas telas y suntuosos brocados y pedrerías de centelleantes luminarias; ornada la frente con fúlgida corona; ceñida la cintura por soberbio cinturón de regio broche: calzados los pies con borceguíes cuajados de perlas y de oro, cubiertos los hombros con amplio manto carmesí forrado de fino armiño, rizadas y perfumadas cuidadosamente la barba y la melena, D. Hugo entró en la fúnebre estancia, se arrodilló un momento ante el cuerpo de Wlandina y levántandose se despojó del manto, envolvió con exquisito cuidado en él al cadáver adorado y con la preciosa carga en sus brazos, llevada de la misma manera que el más místico de los sacerdotes pudiese conducir la sagrada forma, salió de la camara dirigiéndose á la capilla del castillo, en cuyo centro ardía la lámpara legendaria. Llegó, puso á la muerta niña sobre el ara del altar, abrió una urna de gruesos cristales que sobre el retablo guardaba el cuerpo incorrupto de una santa, sacó la mómia y con ella en alto llegó á un balcón por el que la precipitó exclamando: —¡Cede tu sepulcro á la deidad de mi alma!

Después colocó en la urna el cuerpo de Wlandina envuelto en su manto, ciñó su corona á la frente de la rígida doncella y cerrando la vitrina y la puerta de la capilla cuya llave arrojó también por el balcón, postróse de hinojos ante el altar á que había elevado al objeto de su amor, brotando de sus labios frases vagas y cayendo de sus ojos copioso llanto.

Todos los muertos que yacían en lo profundo de las criptas del castillo, se levantaban por las noches de sus tumbas y en falanges aterradoras llegaban hasta aquel altar ante el que se prosternaban, acaso recordando amores como el de D. Hugo, tal vez resucitando la memoria de extintas epopeyas iguales, ya que para pensar y sentir ni tenían recuerdos en los vacíos cráneos, ni sentimientos en los pulverizados corazones.

X

Del castillo de Nebreda, todo en ruinas no quedaba más que una parte, casi desmoronada, en pie.

Cuando una comunidad de capuchinos removi6 aquellos escombros para levantar allí su convento vieron en la capilla, agrietada y polvorienta, un esqueleto con manto y corona dentro de una urna de mohosos cristales ante la que yacía de hinojos otra osamenta humana en torno de la cual veíanse joyas cubiertas de verdín, y girones de ricas telas.

El castillo de Nebreda simboliza ese augusto templo que las grandes almas consagran en su entraña á la eterna adoración de los magnos recuerdos de sus primeros amores; el cuerpo de Wlandina es símbolo de la primera ilusión que muere, y D. Hugo lo es del perdurable culto que siempre rendimos al primer cadáver de nuestra dicha; culto que dura lo que dure el alma en su viaje por lo infinito.

Y si es verdad que las almas van á parar á otros cuerpos, el primer sentimiento del ser que constituyan será siempre una nueva generación de la sublime epopeya.

FIN



Cada tomo de esta Biblioteca equivaldrá á dos números de la Revista.

Este volumen vale por los números correspondientes á los meses de Agosto y Septiembre de 1892.

“LA REFORMA LITERARIA”

REVISTA MENSUAL

dedicada á la defensa y propaganda de los nuevos ideales de la literatura universal.

Publica ocho páginas de á dos columnas, conteniendo artículos de los mejores literatos jóvenes de España y el extranjero.

Abre concursos dramáticos y literarios para proteger á los escritores noveles.

Reparte libros y Memorias de su Biblioteca especial.

Se publica una vez al mes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Diez reales al año en toda España y doce en el extranjero.

Seguirá á este poema el titulado *Alma-Negra*.

Se suscribe únicamente en casa del Director propietario don Manuel Lorenzo D'Ayot, Luchana, 37 duplicado, principal izquierda, Madrid, en donde también se venden las obras de la Biblioteca.

PAGO ADELANTADO

Los señores suscriptores pueden obtener este libro á mitad de precio.

DISCURSOS

Shakespeare, lord Byron y Chateaubriand, como modelos de la juventud literaria. Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid.

Revolución Artístico-literaria y postergación de la juventud. Discurso pronunciado en el Fomento de las Artes.

Desarrollo de las pasiones en el obrero. Discurso pronunciado en el Centro instructivo del obrero.

Campañas del General D. Manuel Lorenzo.

El Conde D' Ayot y la Hidrografía francesa á principios del siglo XIX en las regiones del extremo Oriente.

Excursiones militares del Coronel D. Manuel Lorenzo, al país de los Igorrotes. Discursos pronunciados en el Centro del Ejército y de la Armada.

Nuevos ideales del Arte. Dos discursos pronunciados en el Círculo de Bellas Artes.

Aficiones artísticas del obrero. Discurso pronunciado en el Centro Instructivo del Obrero.

El Obrero y las Ciencias. Idem.

Las aristocracias ante el progreso. Primera parte: Edad antigua.—Segunda parte: Edad media.—Estudios histórico-críticos leídos en el Fomento de las Artes.

El doctor D. Diego de Torres y Villarroel. Memoria bibliográfica literaria, leída en el Ateneo de Madrid.

Importancia de la taquigrafía en el Ejército. Discurso pronunciado en la sesión inaugural de la Academia Taquigráfica Militar de Madrid.

Disertación filosófico-literaria sobre la locura, el llanto y el suicidio. Conferencia dada en el Ateneo Antropológico de Madrid.

Las Artes y las letras en Filipinas. Discurso pronunciado en el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid.

Comercio de los Igorrotes. Conferencia dada en la Asociación de Profesores Mercantiles.

Pedagogía del trabajo. Discurso pronunciado en el Círculo de Trabajadores.

La agricultura como base de todo engrandecimiento intelectual. Discurso pronunciado en la Asociación General de Agricultores de España.

Poemas en prosa. Conferencia dada en el Centro Asturiano.